



ARTE Y LITURGIA: MIRADAS Y DESAFÍOS

Arte e Liturgia: olhares e desafios

Amós López Rubio¹

Resumen:

El presente artículo propone una revisión de la relación existente entre arte y liturgia. Cuando el arte se coloca al servicio del culto cristiano sería importante tener en cuenta al menos los siguientes criterios: tener un concepto adecuado de la belleza, cultivar una mirada contemplativa de la realidad, resistir a la dominación cultural que imponen los medios y desarrollar el arte litúrgico como expresión de la creatividad y la imaginación de toda la comunidad que adora, porque el arte litúrgico es también expresión de la fe y la esperanza del pueblo. Esto ayudaría a comprender y fomentar un arte litúrgico que pueda transmitir no solamente la identidad teológica de la comunidad que celebra sino también mostrar como esa identidad teológica está en diálogo fecundo y constante con sus experiencias, su tradición, su historia, su contexto socio-económico y su cultura.

Palabras clave:

Arte. Liturgia. Belleza. Imaginación.

Resumo:

O presente artigo propõe uma revisão da relação existente entre arte e liturgia. Quando a arte se coloca a serviço do culto cristão é importante ter em conta, pelo menos, os seguintes critérios: ter um conceito adequado de beleza, cultivar um olhar contemplativo da realidade, resistir à dominação cultural que os meios impõem e desenvolver a arte litúrgica como expressão da criatividade e da imaginação de toda comunidade que adora, porque a arte litúrgica também é expressão da fé e da esperança do povo. Isso ajudaria a compreender e fomentar uma arte litúrgica que pudesse transmitir não apenas a identidade teológica da comunidade que celebra como também mostrar como essa identidade teológica está em diálogo fecundo e constante com suas experiências, sua tradição, sua história, seu contexto social e econômico e sua cultura.

Palavras-chave:

Arte. Liturgia. Beleza. Imaginação.

¹ Teólogo, Pastor e Liturgista Batista Cubano. Membro da Rede de Liturgia do Conselho Latino-Americano de Igrejas. Contato: lopez.amos70@gmail.com

Quisiera comenzar compartiendo una experiencia. En la Epifanía, las iglesias celebran la manifestación de Jesús al mundo como Hijo de Dios, Mesías y Salvador de la humanidad. En una de las celebraciones de Epifanía que ha organizado el Consejo de Iglesias de Cuba, el guión del programa quiso rescatar el contexto social en el cual ocurrió el nacimiento de Jesús e invitar a reflexionar sobre el origen humilde del Cristo y todo lo que ello implica para la misión y el mensaje que las iglesias deben proclamar hoy. Esta celebración tuvo lugar en un teatro de la ciudad de La Habana. El escenario del teatro fue diseñado como un basurero, un rincón marginal de cualquiera de las ciudades de la actualidad. Los personajes de la obra fueron apareciendo debajo de periódicos y pedazos de cartón, tomaron algunos pomos y latas vacías que estaban por allí y los convirtieron en instrumentos musicales. Al compás de los sonidos producidos por los vidrios y los metales, se comenzó a escuchar la melodía del villancico “Noche de Paz”.

Más adelante, después de haberse sucedido varias escenas, en un momento cumbre del drama, aparece un tanque plástico en el escenario, uno de esos tanques donde botamos la basura diariamente. Y para sorpresa de los presentes, uno de los actores destapa el tanque y saca de él a un niño pequeño. Aquel tanque se había convertido en pesebre. Al final de la obra, todas las personas en el teatro fueron invitadas a subir al escenario y colocar un trozo de tela a los pies del niño para tejerle una manta y protegerlo del frío.

Para recordar y festejar la Navidad, no basta con reproducir las historias bíblicas que conocemos bien. Es necesario actualizar esas historias y rescatar todos los elementos que intervinieron en ellas. Jesús no nació en una ciudad importante, ni mucho menos en un palacio. Nació en un establo, una pequeña gruta donde comen y duermen los animales. Nació rodeado de personas pobres y humildes, y bajo el resplandor de una estrella y el canto hermoso de un coro de ángeles. Acoger el regalo de la Navidad es acoger el amor de Dios y ser consecuentes con ese amor. No se trata de comprar regalos, de organizar comidas suculentas o llenar los espacios de determinados adornos. Se trata de reafirmar nuestro compromiso con las personas más débiles y vulnerables en nuestro mundo, anunciar la llegada de un reino, de un nuevo orden donde la paz y la justicia se abrazan, donde todos y todas puedan tener vida y vida digna, plena, abundante.

La Navidad ha sido uno de los eventos más representados por las artes a través de la historia: la música, el teatro, la escultura, la literatura, la pintura, el vitral, y más recientemente, la danza. Y me pregunto, ¿cuántas de estas manifestaciones, en sus lenguajes y códigos específicos, transmiten aquella historia tratando de reflejar la situación de pobreza y marginalidad en la cual nació Jesús? Casi siempre, la Navidad que las artes nos entregan es un cuadro armonioso e idealizado donde se nos hace difícil descubrir a un Dios humilde y solidario con los pobres; donde se nos hace difícil encontrar inspiración para denunciar las injusticias y las exclusiones en nuestro tiempo.

Puede que el arte sea solo un lenguaje para expresar sentimientos, ideas y conceptos sobre la realidad. Pero en la liturgia, en el culto cristiano, el arte debe comunicar algo más que belleza, algo más que misterio, algo más que un atisbo de la presencia de lo divino. El arte litúrgico debe tener una función transformadora como el evangelio mismo que él quiere representar. Por ello, el arte en la liturgia es un ejercicio teológico que se auxilia de valores estéticos en correspondencia con una determinada identidad cristiana y un contexto socio-cultural específico.

De acuerdo con James White, teólogo y liturgista británico, de la tradición metodista, necesitamos “distinguir entre arte religioso y arte litúrgico, arte cultural. La principal función del arte litúrgico”, afirma White, “es ayudarnos a tomar conciencia de la presencia de lo sagrado, tornar visible aquello que no podemos alcanzar con una mirada común”. Esta posibilidad de hacer

presente lo sagrado no debe movilizar solamente las emociones, sino también nuestro pensamiento y nuestra voluntad. Como sucedió con aquellos caminantes de Emaús, con quienes Cristo caminó, conversó y compartió la mesa. Ellos sintieron que su corazón ardía cuando Jesús les hablaba, pero pudieron reconocerle finalmente en el gesto de la partición del pan. Y salieron, llenos de alegría y esperanza, a comunicar la buena noticia de la resurrección del Señor. No basta alegrar el corazón. Hay que tomar la decisión de salir y comunicar la buena noticia. Y eso solo fue posible al compartir la mesa y el pan.



Figura 1



Figura 2

El arte en la liturgia debe compartir la mesa y el pan de la comunidad que celebra su fe en el Resucitado. El arte en función de la liturgia, debe comulgar con la identidad teológica, histórica y cultural de las personas que se reúnen a celebrar el culto. De ahí que el arte, aunque se fundamente en una herencia iconográfica común a todas las iglesias (el pez, la cruz, el cáliz y el pan, el cordero pascual, la paloma) debe intentar recrear símbolos, texturas, sonidos, gestos y fragancias más cercanas y significativas al grupo humano que protagoniza la liturgia. El arte, como la liturgia misma, debe sufrir un proceso de inculturación para poder convertirse en un medio eficaz que tienda puentes entre la fe y la cultura del pueblo. Por esta misma razón, todo arte litúrgico, aunque sea realizado por una persona, debe reflejar la identidad de una comunidad, volviéndose un patrimonio colectivo, sentido como propio. (figuras 1 y 2)

Una de las creaciones de la iglesia, que a través de los siglos ha sido soporte de la imaginación y el quehacer artístico inspirado en los fundamentos de la fe cristiana, es el Año Litúrgico. El Año Litúrgico es una propuesta teológica y pedagógica que permite organizar las celebraciones cristianas en torno a los eventos fundantes de la fe cristiana: la resurrección y la encarnación de Jesús. El Año Litúrgico, apoyado en un plan trienal, aporta el contenido de la experiencia cúllica de la iglesia con las vivencias y enseñanzas de Jesús, actualizando en cada situación histórica el

mensaje del evangelio. El Año Litúrgico es observado y celebrado a través del calendario anual. Allí se estructuran las principales festividades de las iglesias. Resurrección y Navidad constituyen los ejes alrededor de los cuales se organizan todas las estaciones litúrgicas.



Figura 3

comunidades que viven y anuncian el reinado de Dios. El desarrollo del Año Litúrgico encuentra un apoyo imprescindible en el plan de lecturas bíblicas, llamado Leccionario, que proveen la base bíblica y teológica para cada celebración.

Las estaciones litúrgicas han ido generando en el tiempo colores y símbolos que son expresión del arte en el culto. Por ejemplo, en los tiempos de Navidad y Resurrección, se utilizan colores claros, luminosos, que transmitan la llegada de la vida, del nuevo día que trae esperanza y salvación. En las etapas preparatorias de Cuaresma y Adviento, se utilizan colores menos alegres y festivos, que convoquen a la oración, el recogimiento. Sobre todo en Cuaresma, donde prevalecen actitudes como la



Figura 4

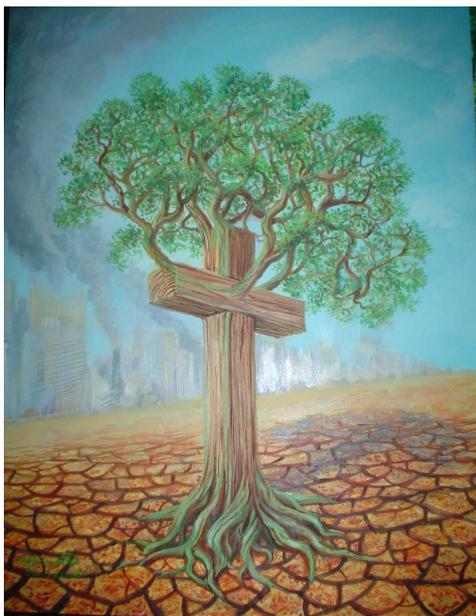


Figura 5

penitencia y la confesión de pecados. El día de Pentecostés, en cambio, es efusión de colores y vitalidad. El verde es utilizado durante el tiempo común como anuncio del crecimiento hacia la plenitud del reinado de Dios que es vida, vida en abundancia. (figura 3)

Entre los símbolos más conocidos figuran la cruz, utilizado en la Cuaresma como signo del compromiso y el seguimiento a Jesús, de la disposición a compartir su mismo camino. En la Semana Santa, especialmente el Viernes Santo, la cruz es señal de muerte y sufrimiento. Después de la Resurrección, la cruz vacía nos dice que la vida tiene la última palabra sobre la muerte, es un signo de esperanza (figuras 4 y 5). La vela encendida representa a la iglesia que proclama a Jesucristo, “ustedes son la luz del mundo”; representa también a Cristo Resucitado en medio de las tinieblas. Representa incluso el mensaje mismo: “la palabra

de Dios es luz en nuestro camino”. El agua es señal del nuevo nacimiento, de ella emerge la vida, en ella son bautizados aquellos y aquellas que depositan su fe en Cristo como Señor y Salvador, del agua brota la nueva creación. Pero el agua es también señal de servicio. El evangelio de Juan nos cuenta como Jesús lavó los pies de sus discípulos para enseñarles que el sentido supremo de la vida cristiana es el servicio a los demás.



Figura 6



Figura 7

Pero no solo hay manifestación del arte a través de los vitrales, los símbolos esculpidos en la arquitectura de las iglesias, las pinturas en las bóvedas de las catedrales, la música que entona el coro de la iglesia, el olor que despide el incienso que está junto a la mesa de la comunión, los signos bordados en las vestimentas litúrgicas de sacerdotes, obispos y presbíteras. En la liturgia también hay gestos y acciones simbólicas, los cuales conllevan un sentido estético de la expresión corporal, una manifestación del arte que pasa por la corporalidad humana, el movimiento, la interacción entre las personas. Imponer las manos sobre la cabeza en señal de unción, extender los brazos sobre la comunidad reunida en señal de bendición, partir el pan de la comunión en señal de entrega y servicio, abrazar a otras personas en señal de acogida y fraternidad. Son todas ellas manifestaciones de amor y bondad, arte de la gestualidad que transmite el toque y la presencia de lo divino a través de nuestros cuerpos. (figuras 6 y 7)

Por eso es que insistimos: el arte al servicio de la liturgia, es el arte al servicio de la salvación humana, de la vida plena de toda la creación. Porque en el culto cristiano celebramos precisamente la vida plena que Dios nos trae en Jesucristo. Para que así sea, el arte

en la liturgia no puede conformarse con satisfacer determinados gustos estéticos y culturales, que muchas veces dependen de la apreciación de una determinada clase social. Y es cierto, durante siglos, el arte litúrgico ha sido la expresión estética de los ricos, de las clases dominantes. Por esa razón es un arte de lo glorioso, es un arte del poder, es una visión que legitima un mundo perfectamente organizado, aunque sea injusto e insostenible. La teología que transmite este arte no escandaliza a nadie, no molesta a nadie. El Jesús cuestionador, crítico, amigo de los pobres y pecadores, enemigo de las injusticias y defensor de la vida de los humildes, desaparece detrás de imágenes muy tranquilas, piadosas e inofensivas. Este arte se hace desde posiciones de poder, poder religioso, político, económico.

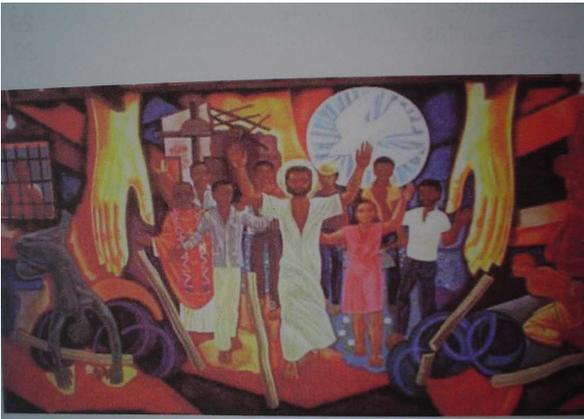


Figura 8

*CANTO, POESÍA, MEMORIA,
PROFESÍA, RESISTENCIA*



Mural pintado por Adolfo Pérez Esquivel
Catedral de Riobamba-Ecuador 1.986

Figura 9



Figura 10

El arte litúrgico que se coloca al servicio de la salvación plena del ser humano, debe partir de las propias experiencias humanas y sugerir la transformación de situaciones de injusticia, muerte y exclusión. El arte litúrgico traído a nuestra América Latina, así como las obras de arte litúrgicas realizadas por artistas criollos durante siglos, han seguido reflejando esa estética de los poderosos, y nuestra propia educación también debe mucho a esa estética. No obstante, en el siglo XX ya podemos encontrar intentos de una expresión estética más en consonancia con las culturas y experiencias de vida locales. De manera especial, los impulsos del Movimiento Litúrgico, la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II y las experiencias de renovación litúrgica en organizaciones ecuménicas en las últimas décadas, han generado nuevos derroteros artísticos que se plasman en una liturgia renovada, primero desde lo teológico y lo pastoral, y después en imágenes, símbolos, cantos, colores y texturas. (figuras 8, 9 y 10)

Algunas recomendaciones pueden ser tenidas en cuenta para que el arte pueda estar al servicio de la liturgia, de la expresión de la fe y la esperanza del pueblo que adora. Primero, **no debemos confundir belleza con lujo**. Eso nos remite a la estética de los ricos, de la cual ya hablamos. La belleza puede ser encontrada en lo natural, como la belleza de los lirios del campo, exaltada por Jesús, belleza que ni siquiera Salomón con toda su riqueza hubiese podido igualar. Segundo, **necesitamos cultivar una mirada profunda, contemplativa, simbólica de las realidades que ya conocemos**. Jaci Maraschin es un músico y liturgo brasileño, de la tradición anglicana. En cierta ocasión escribió una versión del cántico de María, el *Magnificat*, e imaginó, en el texto de su canción, que María contemplaba una rosa. Sin embargo, alguien le preguntó: “¿y en qué lugar de los evangelios, María contemplaba una rosa?”. Cuando hacemos preguntas como esta es una prueba de que aún no logramos salir de una mirada superficial de las cosas. Cuando las rosas están junto a la mesa de la comunión, afirma Maraschin, “son como canciones sin palabras; trascienden la palabra en la forma, en el color y en el perfume”. (figura 11)



Figura 11

Tercero, **debemos resistir a la nueva dominación cultural que imponen los medios masivos de comunicación.** En el mundo actual, el arte cristiano y las experiencias litúrgicas también se globalizan. La renovación litúrgica es entendida hoy, en toda América Latina, en términos mediáticos. Es el nuevo rostro de la estética del poder. El culto se convierte en espectáculo, el pastor en animador de un show, la música es altamente profesional, no está en función del canto de la asamblea sino de la promoción del último disco de uno de los tantos cantantes cristianos que hoy abundan por doquier. El culto es entretenimiento, apunta a las emociones y busca soluciones inmediatas a los problemas de la gente. Es el arte poderoso que surge de la combinación de la imagen, el sonido y el éxtasis, conduciendo a una catarsis deshumanizante. Sergio Ulloa, pastor y teólogo mexicano, habla de una *cultura de la celebridad* cuando advierte que estas celebraciones litúrgicas favorecen un narcisismo enfermizo.

Esta cultura de la celebridad quiere entrar al terreno de la fe y de la experiencia cúllica. Pero una liturgia sanadora ha de ayudar

a las personas a dejar de sentirse el centro del universo y a renunciar a la carga de la autoadoración. Por el contrario, adorar al Dios de la vida, escuchar los testimonios de otros, orar con las oraciones de los demás, nos ayuda a dejar de estar en el centro y de idolatrarnos. Cuando celebramos la grandeza de Dios, lo hacemos como un medio y no como un fin en sí mismo. Es grandeza en el amor, en el perdón, en la reconciliación y sobre todo en la salvación (...) Hemos de propiciar un culto de adoración donde lo importante no sea el predicador sino la predicación, no el director de canto sino el canto congregacional, no el orador sino la oración ferviente. Una liturgia que no fomente la cultura de la celebridad sino la cultura de la celebración comunitaria.²

Y por último, **el arte litúrgico debe ser una expresión comunitaria.** Es la comunidad cristiana local quien debe orientar, de acuerdo a su experiencia, su tradición, su historia, su contexto socio-económico y su cultura, la manera en que las artes servirán a sus necesidades litúrgicas. Y esto significa potenciar las capacidades artísticas que están presentes en la comunidad para que estas puedan colocarse al servicio de todos y todas. En este sentido, Wanda Hernández, de la tradición bautista en Cuba, en su tesis de Licenciatura en Teología sobre arte, fe y creatividad comunitaria, recomienda que la creación artística de una comunidad cristiana debe promover un proceso de inclusión, unidad y sensibilización de las diversas experiencias de fe que se dan en cada congregación. “No podemos olvidar”, señala Wanda, “que la iglesia no es un espacio para demostrar los talentos sino para compartirlos y ponerlos a disposición de Dios”. Y añade: “Necesitamos que se pinte la fe con la belleza de la vida sencilla, sin grandes esteticismos, ni

² Ulloa, Sergio (2001). “Criterios bíblico-teológicos para una adoración contextual y pastoral” (texto inédito).

conceptos ininteligibles de lo divino, sino con la intensidad que emana de la sensibilidad y el amor humanos”. (figura 12)

La iglesia está llamada a reconocer no sólo el valor intrínseco del arte, sino a respetarlo como manifestación de la imagen creadora de Dios en los seres humanos. El Dios creador prolonga su obra creadora por medio de sus criaturas. Esto es la divinización del arte. No significa que los valores culturales sustituyan el lugar de Dios, no es hacer de una obra de arte un objeto de adoración, un ídolo. Significa más bien que el arte es un territorio de encuentro, donde hombres y mujeres expresan su fe y se acercan al corazón de Dios, y donde Dios se acerca al corazón humano. El arte es un escenario dialéctico donde se producen a la vez la divinización del ser humano y la humanización de Dios. Muchos cristianos afirman que en el mundo venidero, en la manifestación plena del reino de Dios, la humanidad redimida, junto a los ángeles, entonarán himnos eternamente al Creador. Si es así, entonces el arte, la cultura espiritual de los seres humanos, será un elemento indispensable en ese nuevo mundo que desde ahora estamos soñando y construyendo.

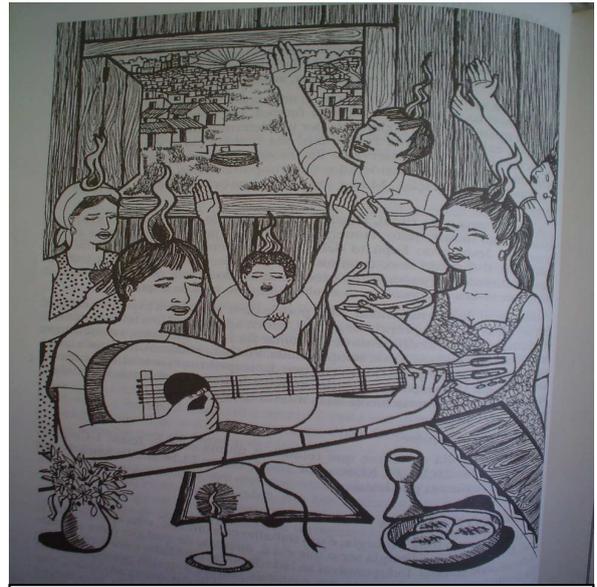


Figura 12

Referencias

Hernández, Wanda (2008). *Pintando la fe: el desarrollo creativo de las comunidades cristianas*. Tesis de Licenciatura en Teología. Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

Maraschin, Jacin (1996). *A beleza da santidade: ensaios de liturgia*. Sao Paulo: ASTE.

Ulloa, Sergio. “Criterios bíblico-teológicos para una adoración contextual y pastoral” (texto inédito).

White, James (2005). *Introducao ao culto cristao*. San Leopoldo: Editora Sinodal.

[Recebido em: dezembro de 2011 /
Aceito em: junho de 2012]